

PAOLO SORRENTINO

*Todos
tienen razón*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

*A mi madre,
que era de la misma opinión*

Una vez que has entregado el alma,
lo demás sigue con absoluta certeza,
incluso en pleno caos.

HENRY MILLER

PREFACIO

del maestro Mimmo Repetto

(escrito al amanecer del día en que cumplió cien años)

Todo lo que no soporto tiene un nombre.

No soporto a los viejos. Sus babas. Sus quejas. Su inutilidad.

Peor aún cuando intentan ser útiles. Su dependencia.

Sus ruidos. Numerosos y repetitivos. Sus exacerbadas batallitas.

La centralidad de sus relatos. Su desprecio hacia las generaciones sucesivas.

Pero tampoco soporto a las generaciones sucesivas.

No soporto a los viejos cuando berrean y reclaman sus asientos en el autobús.

No soporto a los jóvenes. Su arrogancia. Su ostentación de fuerza y de juventud.

La prosopopeya de la heroica invencibilidad de los jóvenes resulta patética.

No soporto a los jóvenes impertinentes que no ceden sus asientos a los viejos en el autobús.

No soporto a los gamberros. Sus risas inopinadas, agitadas e inútiles.

Su desprecio hacia el prójimo diferente. Todavía son más insoportables los jóvenes buenos, responsables y generosos. Un dechado de voluntariado y oración. Tanta educación y tanta muerte. En su corazón y en sus cabezas.

No soporto a los niños caprichosos y ombliguistas, ni a sus obsesivos padres, únicamente ombliguistas respecto a sus niños. No soporto a los niños que gritan y que lloran. Y los que son silenciosos me inquietan: en consecuencia, no los soporto. No soporto a los trabajadores ni tampoco a los parados ni la meliflua e indolente ostentación de su desgracia divina.

Que, por otra parte, no es divina. Sólo es falta de interés.

Pero ¿cómo iba a poder soportar a toda esa gente dada a la lucha, la reivindicación, las elecciones fáciles y el sudor desparramado bajo la axila? Imposible soportarlos.

No soporto a los mánagers. Y ni siquiera es necesario explicar el porqué. No soporto a los pequeñoburgueses, encerrados en el caparazón de su mundo de mierda. Al volante de sus vidas, va el mie-

do. El miedo a todo lo que no cabe en su pequeño caparazón. Y, por eso mismo, esnobs, sin conocer siquiera el significado de esa palabra.

No soporto a los novios, porque molestan.

No soporto a las novias, porque intervienen.

No soporto a los de miras amplias, tolerantes y desprejuiciados.

Siempre correctos. Siempre perfectos. Siempre intachables.

Todo está permitido, excepto el asesinato.

Los criticas y ellos te agradecen la crítica. Los desprecias y ellos te lo agradecen de buena gana. En resumen, te ponen en un compromiso.

Porque boicotean la maldad.

Por tanto, son insoportables.

Te preguntan: «¿Cómo estás?» y de verdad quieren saberlo. Un disgusto. Pero, por debajo de ese interés desinteresado, en algún lugar, incuban puñaladas.

Pero tampoco soporto a los que nunca te ponen en un compromiso. Siempre obedientes, siempre tranquilizadores. Fieles y lameculos.

No soporto a los jugadores de billar, los apodos, a los indecisos, a los no fumadores, el *smog* y el aire puro, a los comerciales, la *pizza al taglio*, las formalidades, los cornetes de chocolate, las hogueras, a los agentes de bolsa, el papel pintado de flores, el comercio justo y solidario, el desorden, a los ecologistas, el sentido cívico, a los gatos, a los ratones, las bebidas sin alcohol, las llamadas inesperadas en el interfono, las llamadas telefónicas largas, a los que dicen que un vaso de vino al día es saludable, a los que fingen que se han olvidado de tu nombre, a los que dicen para defenderse que son unos profesionales, a los compañeros de colegio a quienes te encuentras a los treinta años y te llaman por tu apellido, a los ancianos que nunca desaprovechan la oportunidad de recordarte que ellos estuvieron en la Resistencia, a los hijos sin recursos que no tienen nada que hacer y deciden abrir una galería de arte, a los excomunistas que pierden la cabeza por la música brasileña, a los atontados que dicen «intrigante», los modernos que dicen «guay» y derivados, a los cursis que dicen bonito, mono, estupendo, a los ecuménicos que a todo el mundo llaman «cariño», a ciertas bellezas que dicen «te adoro», a los afortunados que tocan de oído, a los falsos distraídos que no te escuchan cuando hablas, a los superiores que juzgan, a las feministas, a los que viven en ciudades dormitorio, los edulcorantes, a los estilistas, a los directores de cine, los autorradios, a los bailarines, a los políticos, las botas de esquí, a los adolescentes, a

los subsecretarios, los poemas, a los cantantes de rock de edad pro-
vecta que llevan tejanos ceñidos, a los escritores presuntuosos y circun-
spectos, a los parientes, las flores, a los rubios, las reverencias,
las estanterías, a los intelectuales, a los artistas callejeros, las medu-
sas, a los magos, a los vips, a los violadores, a los pedófilos, a todos
los artistas de circo, a los trabajadores culturales, a los asistentes so-
ciales, las diversiones, a los amantes de los animales, las corbatas,
las risas fingidas, a los provincianos, los hidroalas, a todos los colec-
cionistas (un poco por encima de los demás, a los de relojes), todos
los hobbies, a los médicos, a los pacientes, el jazz, la publicidad, a
los constructores, a las mamás, a los espectadores de baloncesto, a
todos los actores y todas las actrices, el videoarte, los parques de
atracciones, a los experimentadores de toda condición, las sopas, la
pintura contemporánea, a los ancianos artesanos en sus talleres, a
los guitarristas aficionados, las estatuas en las plazas, el besamanos,
los centros de estética, a los filósofos con buen aspecto, las piscinas
con demasiado cloro, las algas, a los ladrones, a las anoréxicas, las
vacaciones, las cartas de amor, a los curas y los monaguillos, los su-
positorios, la música étnica, a los falsos revolucionarios, las coqui-
nas, los pandas, el acné, a los percusionistas, las duchas con corti-
nas, los antojos, los callos, los bibelots, los lunares, a los vegetaria-
nos, a los paisajistas, los cosméticos, a los cantantes de ópera, a los
parisinos, los jerséis de cuello alto, la música en los restaurantes, las
fiestas, los mítines, las casas con vistas, los anglicismos, los neolo-
gismos, a los hijos de papá, a los hijos de artistas que siguen los pa-
sos de sus padres, a los hijos de los ricos, a los hijos de los demás,
los museos, a los alcaldes de los ayuntamientos, a todos los asesores,
a los manifestantes, la poesía, a los charcuteros, a los joyeros,
los antirrobo, las cadenitas de oro amarillo, a los líderes, a los gregarios,
a las prostitutas, a las personas demasiado bajas o demasiado
altas, los funerales, los pelos, los móviles, la burocracia, las instala-
ciones, los automóviles de cualquier cilindrada, los llaveros, a los
cantautores, a los japoneses, a los dirigentes, a los racistas y a los
tolerantes, a los ciegos, la formica, el cobre, el latón, el bambú, a
los cocineros de televisión, la multitud, las cremas bronceadoras, los
lobbys, los argots, las manchas, a las queridas, las cornucopias, a los
tartamudos, a los jóvenes viejos y los viejos jóvenes, a los esnobs, a
la izquierda exquisita, la cirugía estética, las circunvalaciones, la
plantas, los mocasines, a los sectarios, a los presentadores de televi-
sión, a los nobles, a los hijos que no se emancipan nunca, a las aza-
fatas, a los cómicos, a los jugadores de golf, la ciencia ficción, a los
veterinarios, a las modelos, a los refugiados políticos, a los cerriles,

las playas blanquísimas, las religiones improvisadas y a sus seguidores, las baldosas ordinarias, a los cabezotas, a los críticos profesionales, las parejas en las que él es joven y ella madura y viceversa, a los maduros, a todas las personas que llevan sombrero, a todas las personas que llevan gafas de sol, las lámparas de rayos UVA, los incendios, las pulseras, a los enchufados, a los militares, a los tenistas calaveras, a los sectarios y los forofos, los perfumes de estanco, las bodas, los chistes, la primera comunión, los masones, la misa, a la gente que silba, a los que se ponen a cantar sin ton ni son, los eructos, a los heroinómanos, a los del Lions Club, a los cocainómanos, a los del Rotary Club, el turismo sexual, el turismo, a los que detestan el turismo y dicen que ellos son «viajeros», a los que hablan «por experiencia», a los que no tienen experiencia pero de todas maneras quieren hablar, a los que saben estar en el mundo, a las maestras de primaria, a los enfermos de reuniones, a los enfermos en general, a los enfermeros que llevan zuecos, porque ¿por qué demonios tienen que llevar zuecos?

No soporto a los tímidos, los logorreicos, los falsos misteriosos, los torpes, los blandengues, los caprichosos, los complacientes, los locos, los genios, los héroes, los seguros de sí mismos, los callados, los valientes, los meditaundos, los presuntuosos, los maleducados, los concienzudos, los imprevisibles, los comprensivos, los atentos, los humildes, los expertos, los apasionados, los ampulosos, los eternamente sorprendidos, los equitativos, los indecisos, los herméticos, los chistosos, los cínicos, los miedosos, los achaparrados, los camorristas, los soberbios, los flemáticos, los fanfarrones, los afectados, los enérgicos, los trágicos, los desganados, los inseguros, los dubitativos, los desencantados, los maravillados, los ganadores, los avaros, los humildes, los dejados, los empalagosos, los quejicas, los lloricas, los caprichosos, los mimados, los ruidosos, los zalameros, los toscos, y a toda esa gente que se relaciona con relativa facilidad.

No soporto la nostalgia, la normalidad, la maldad, la imperiosidad, la bulimia, la amabilidad, la melancolía, la congoja, la inteligencia y la estupidez, la altanería, la resignación, la vergüenza, la arrogancia, la simpatía, la doblez, el pasotismo, el abuso de poder, la ineptitud, la deportividad, el buen corazón, la religiosidad, la ostentación, la curiosidad y la indiferencia, la puesta en escena, la realidad, la culpa, el minimalismo, la sobriedad y el exceso, la indefinición, la falsedad, la responsabilidad, la despreocupación, la excitación, la sabiduría, la determinación, la autocomplacencia, la irresponsabilidad, la corrección, la aridez, la seriedad y la frivolidad, la pomposidad, la necesidad, la miseria humana, la compasión, la te-

nebrosidad, la previsión, la inconsciencia, la capciosidad, la rapidez, la oscuridad, la negligencia, la lentitud, la medianía, la velocidad, lo ineluctable, el exhibicionismo, el entusiasmo, la dejadez, el virtuosismo, el diletantismo, la profesionalidad, la determinación, el automovilismo, la autonomía, la dependencia, la elegancia y la felicidad.

No soporto nada ni a nadie.

Ni siquiera a mí mismo. Sobre todo a mí mismo.

Sólo soporto una cosa.

El matiz.

Gondolero, llévame a Nápoles.

FRANCO CALIFANO

Y es que ni siquiera nos habíamos dado cuenta, pero todo empezó porque, por desgracia, alguien tenía talento. ¡Yo!

¿Qué más se puede decir? Te pasas un montón de tiempo diciéndote: todo va bien. Pero las cosas no van nada bien, en absoluto. Casi nunca. Y tendría que terminar aquí, ya antes de empezar, si no fuera por esta nociva vanidad que galopa dentro de mí más aprisa que yo.

Me gustaría ser claro, pero no serviría de nada.

Tres arcadas y esas pequeñitas bolitas de sudor frío y amarillento que me acarician la frente baja, mi frente baja, la frente baja mía, de Tony Pagoda, alias Tony P., estos cuarenta y cuatro años colmados y orgullosos, que llevo a cuestas pero de los que no llevo la cuenta, porque si los contara sufriría mucho. Porque uno querría ser durante toda su vida un chaval: envejecer no es ninguna broma. En serio, no lo creo. Sin embargo, hay que tramitar el expediente de la vida. A base de lentos derrapes.

Nada, que yo soy uno de esos a los que, por avidez de etiquetas deficientes, se les llama «cantante de *night club*». Pero yo no soy ninguna etiqueta. Soy un hombre.

Aunque, visto en retrospectiva, ¿no habría sido mejor ser una etiqueta?

Me refocilo en este lujoso camerino que es tan grande como el salón de mi casa napolitana, con estos terciopelos rojos que abrumen mi existencia, mientras estoy a la espera de celebrar el concierto más importante de esta mi suntuosa carrera que, lo sabe todo el mundo, me he venido construyendo paso a paso. Me arrodillo e intento contener el agua mineral que pugna por subírseme de nuevo desde el estómago hasta la palangana, la señal de la cruz, las manos unidas, gordezuelas y repletas de anillos de oro. Las palmas se

pegan igual que imanes sudorosos. Estoy, en este momento, empapado de mí mismo.

Rezo, desempolvando los lejanos recuerdos de la primera comunión, pero no hay nada que hacer, ni un modesto padrenuestro. Por otra parte, la cocaína, si uno se la mete durante mucho tiempo todos los santos días, le hace picadillo la memoria, vamos, y no sólo la memoria. Y yo la coca vengo consumiéndola alegremente, sin descanso, desde hace veinte años. Luego te dices que las cosas no son así, en la barriada de la mente consideras que la memoria es un repatriado resistente, arremetes contra la evidencia, se va posando la sugestión, un refugio de polvo. El estupor, también, pero son destellos al ralenti. Y, de pronto, el tufo de la novedad.

De esta manera es como te van llegando los dolores atroces: esnifas hasta las cachas y al final te encuentras delante de ti distraídamente, fofa y genuflexa, a tu alma. Ese monumento invisible.

Pero no vas y te encuentras como quien no quiere la cosa con una oracioncilla, qué va, aunque me acuerdo de una frase que dije en cierta ocasión a una periodista con un buen par de tetas:

«Si a Sinatra la voz se la concedió Dios, entonces a mí, más modestamente, me la concedió San Genaro», eso fue lo que le dije.

En aquella época yo era presa de la vanidad de una forma general. Y si este concierto me sale bien, podría ser de nuevo un buen vanidoso.

Me levanto otra vez y me agarra otra arcada, igual que en un rodeo. Noto cómo me sube el gin-tonic número tres. No, nada de coca cuando canto. Eso es algo que puede permitirse Mick Jagger, que grita, corre y mueve el culo; en cambio, yo canto, yo tengo que notar cómo se me abre y se cierra esa papila que redobla como una caja orquestal y cómo oscila la cuerda vocal, que es, en definitiva, mi guitarra. Y esta arcada tiene un origen preciso, porque allí afuera, en primera fila, en la majestuosidad del Radio City Music Hall, asfixiado por el alcohol y por la experiencia, está nada menos que él, *The Voice*, listo para escucharme a mí, a este napolitano desconocido en América, pero que en Italia, Alemania, Rusia, España, Bélgica, Holanda, Brasil, Argentina y Venezuela parece que vaya cagando leches a base de ráfagas de ametralladora de elepés vendidos. A ráfagas de ametralladora, vamos.

Me esperan. Si hay algo que sé hacer yo en esta vida es hacerme esperar. Echando cuentas, lo sé hacer tan bien que, al final, no voy a llegar. Pero ésa es otra historia.

Es un aplauso que apesta a nostalgias del tipo '*O sole mio* y a *Munasterio 'e Santa Chiara* lo que el público de sesentones italoa-

americanos está lanzando sobre ese escenario que sigue vacío, a la espera de la acostumbrada entrada triunfal. ¡La mía!

Es un público, este de los italoamericanos, al que conozco tan bien como mis nalgas. Un público alimentado a base de antenas orientadas hacia la tele italiana, entrenado a base de paletadas de regüeldos melancólicos. Uno puede fiarse de esta gente.

Mi pianista de toda la vida, Rino Pappalardo, me llama y toca a la puerta del camerino, con la mano entrenada y densa de un cuerno rojizo contra el mal de ojo. Ya es la hora.

«Voy enseguida», susurro, con una única cuerda vocal, mientras me observo la barriga desnuda y deforme, hinchada y peluda. Me miro de reojo en el espejo con ese ojito orgulloso que a tantas pava demolió y siento con un ápice de preocupación que no era éste el mejor momento, coño, que ese ojito marrón se me ha vuelto arrugado e inoportuno. Aunque sigue siendo astuto y oportunista, cínico y romántico a un tiempo. Conteniendo la respiración, me entreno para meter para adentro esta hinchazón. Con resultados desoladores. Remeto la camisa de seda dentro del esmoquin, luego me miro resuelto en este espejo delimitado por las muchas bombillas blancas, tan hierático y esperanzado como soy de carácter, y entonces ya vivo una orgía de emoción, miedo, angustia y excitación.

Rino insiste, llama nuevamente.

«Ya salgo, hermanitas, voy enseguida», digo yo.

Mientras, me tomo perdiendo el culo el gin-tonic número cuatro.

Avanzamos por el pasillo de neón que lleva hasta el escenario, igual que un alcalde y su consistorio, yo a la cabeza, Rino Pappalardo, Lello Cosa a la batería, Gino Martire al bajo, Titta Palumbo a la guitarra. Todos en esmoquin, todos expulsados de nuestras costumbres, todos emocionados hasta la médula, con la sórdida conciencia de que este concierto es más grande que nosotros.

En lo más íntimo, seguro que Titta está pensando que no sabemos leer ni una nota. Pero en lo más íntimo. Es éste un éxito que ha sido construido de oído.

«Me vendrían bien unas gotas de Ballantine's», susurra Cosa a Martire.

«A lo mejor está entre el público», ironiza, aterrado, Martire.

«¿Quién?», babea, sordo, Lello Cosa.

«Ballantine, el propietario de la fábrica del mismo nombre», dice

Gino Martire.

«Cerrad el pico», exijo yo. Y ya nadie dice nada más.

«Cuatro», se desgañita ronco Lello Cosa, y empieza más lenta de lo habitual la caja de la batería en 4/4. Que recupera, en la segunda vuelta, su velocidad normal. Desde las bambalinas miro torvo a Cosa. Durante la interminable *intro* de veinticuatro segundos, pienso, cruel, que esta sala es más grande de lo que yo recordaba, pero tengo un problema con la saliva, tengo demasiada saliva, y dentro de quince segundos empiezo, salgo a escena, ya falta menos: a tomar por culo la saliva, a tomar por culo la saliva, vade retro la saliva.

Tengo la impresión de que se ha estabilizado en los valores de la salamanquesa: once-cuarenta. Una palidez medieval me cruza el rostro, pero qué más da. Una salida de jaguar, en apariencia distraída, diría yo. Pero es que en salidas al escenario soy un maestro, un arcángel, podría escribir tratados, panfletos..., el aplauso hace que me tiemble la mandíbula, es un aplauso de *day after*, gracias a la ayuda del niño Jesús me baja un poco la saliva, y mientras hincó el diente al micrófono sonrío al público jovial que ulula y reconoce *Un treno per il mare*.

Al final de la *intro* empiezo a cantar. Y después de dos lemas de amor asciende de nuevo el salvaje aplauso de los italoamericanos. Sigo teniendo demasiada saliva, rumio acongojado por la emoción, pero les doy por saco de todas maneras, siempre es así: el amor atonta siempre a esa gente, y nadie sabrá nunca que... demasiada saliva, demasiada saliva.

Y ahora las paredes de mi cerebro me golpean como batientes que hubieran quedado abiertos durante un temporal de viento. Busco con la mirada a Sinatra en la primera fila, no lo encuentro, ¿dónde coño está? Qué te juegas a que no ha venido, el pedazo de maricón.

Empiezo la segunda estrofa con medio segundo de retraso, lo recupero poco después y se consume, en una mediocre ejecución, *Un treno per il mare*. Digo gracias y *thank you* y mientras lo digo localizo a ese Sinatra amoratado. Venga, Tony, hasta el fondo, me susurro a mí mismo, y Tony llega hasta el fondo cuando sube *Una cometa nel cuore*, una de esas piezas que partiría en pedacitos hasta el corazón de un asesino en serie sueco. Al cabo de dos acordes tengo más que claro que he derribado los muros de la emoción.

Y me pierdo en un pensamiento laico: cuando uno derriba los muros de la emoción, la vida se convierte en una bola de Navidad.

Y ahora, gallardo y pretencioso como el papagayo Portobello, permanezco encaramado cuatro tonos por arriba, en ese demencial

agudo del estribillo, que ni el mismísimo Diamanda Galás, y es algo que hace vibrar las paredes del Radio City igual que un arpa tocada por un capullo, y el público italoamericano se parte carpos y meta-carpos de trabajadores aplaudiendo, y las señoras garrulas se colocan las lágrimas a ras de pupila. Los rímeles corridos, desleídos como la margarina caducada. Algo que a uno le hunde el latido cardíaco si se ha enamorado alguna vez en la vida. ¿Y quién no se ha enamorado por lo menos una vez en la vida?

Y lo que pasa es que también Frank Sinatra, en primera fila, se coloca bien el pantalón de gabardina y se ríe y se divierte ante toda esta potencia vocal. Frank se divierte con más moderación, acostumbrado como está a la contención. Porque él es otra historia, se requiere algo distinto para sorprender a Frank, que conoce este carruselito de la vida por dentro y por fuera, del derecho y del revés. Y ahora pillo de frente a nuestro Frank, cruzamos las miradas, en un delirio orgiástico de desmesurada admiración entre colegas.

Estoy en el Olimpo, me cago en la puta, o por lo menos en el clan de Frank, medito.

El paraíso lo tengo a un paso ahora que estoy cantando como Dios, ahora que me siento Dios, por Dios, soy Dios con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia lo alto. En fin, que si Dios pudiera verlo, probablemente estaría ahora sujetándome el micrófono, a mí, a Tony Pagoda. Alias Tony P.

Así, como un Charlot de la música ligera, me voy de bracete con Nuestro Señor de las veintidós a las veinticuatro. Hora de Nueva York. En el escenario del Radio City.

Sinatra, borrachísimo, no se duerme. No sólo no se duerme, sino que ni siquiera echa una cabezada: a esto en mi pueblo lo llaman resultados. Claros y brillantes.

De todas formas, un torbellino de notas, piezas y pensamientos sincopados se suceden en mi cráneo pensativo y pienso que si no llego hasta el fondo ahora cuándo voy a llegar hasta el fondo...

Les sirvo *Quel che resta di me* y pienso que tengo los huevos cuadrados.

Desperdigo por las áreas *Un giorno lei me penserà* y pienso que tengo los huevos hexagonales.

Ahogo al público en sus propias lágrimas con una lancinante *Non c'ero, amavo* y pienso que este éxito, por Dios, toda la vida ha de durar, toda la vida... y que por eso esta noche tocan putas: esta noche, putas americanas, Nueva York está llena.

Y luego sobreactuó como sólo yo sé hacer con *Lunghe notti da bar*, y la canto metiéndome una mano en el bolsillo de la americana, y con los dedos jugueteo con la bolsita de cocaína de tres gramos. Dos mil personas que no se pierden ni un movimiento de mis párpados y que sin embargo no saben que yo, con esos deditos malos, jugueteo con la droga; esta noche, putas americanas, todo esto gravita en mi cabeza como un batido en la licuadora.

Estoy de coña, me río un poco de esos admiradores míos sesentones italoamericanos, si os pensáis que ahora voy desnudo, que dejo al desnudo emociones, sinceridad, siendo prisionero de vuestros resguardos de entradas pagadas, entonces es que habéis perdido el norte: no es así, incluso poniéndome encima todos vuestros ojos, nunca podréis conocer mi secreto, el secreto de los dedos que juegan con lo prohibido, con lo ilegal. Además, no se puede conocer nada, ni a las personas, ni los objetos, simplemente porque nunca se puede ver ni una cosa ni a una persona en su totalidad: si ves a alguien de cara no puedes verle la espalda, siempre tienes una visión parcial, aproximada, de todo.

Las existencias son sólo tentativas, por regla general hechas al tuntún.

Y de reojo veo, por mi parte, los movimientos en las sillas de mis espectadores, y veo ojos brillantes, manos de parejas de ancianos que se entrelazan para confirmar la propiedad de treinta años de matrimonio: no, no ha sido un error esta vida que hemos pasado juntos; ha sido una vida, una vidorra, repleta de emboscadas nocturnas, ofendida e infestada por disgustos y decepciones, pero valía la pena, y veo culos gordos de madres que se agitan emocionadas en las sillas, las habrán hecho de todos los colores, pero no está bien que se diga, y además el cura nos ha absuelto, a nosotras las madres. Deliro. Veo tradiciones, folklore, esperanzas, voluntades fuertes, estos capullos italoamericanos son un mundo en sí mismo, vuela Supertony sobre el agudo de *Lunghe notti da bar*. Las encuestas dicen que hoy se transgrede más: no es verdad, es que hoy se dice y antes no se decía. Se me puebla la cabeza de encuestas.

Y prodigo los besos como propaganda en una estación del metro.

En el camerino, Titta se siente más ligero, ahora pesa dos kilos menos de tensión, mientras se besa con Lello, Rino, Gino y el abajo firmante. Gritan y entonan un cántico de estadio, como si hubieran ganado la Liga. Sudados y felices. Yo los miro complacido, pero no canto, soy el líder y tengo que representar el papel de quien sabía

que las cosas iban a ir así de bien en el asunto este de Nueva York. Entra jadeante Jenny Afrodite, mi mánager, con sus rasgos cuadrados e insignificantes y su obstinado mechoncito de pelo cayéndole siempre obsesivamente sobre la frente, y el brillantito que le encula la oreja izquierda, rejuveneciéndolo unos seis meses, y acalla al coro con una frase que cayera como un trueno en el primer sueño.

«Chicos, está ahí Sinatra, que quiere saludaros.»

Se hace un silencio frágil. Existencial.

Yo, con la rapidez del guepardo que oye el disparo, me doy la vuelta y me hago con el espejo luminoso. Me coloco bien el pelo. Rojizo. Teñido. Oxigenado. Color caoba. Un pelo algo así como a la Silvan, de maníaco. Me lo echo para atrás, con un golpe de cepillo, y me cierro la bata. Hago un gesto a Jenny con el brazo. Un gesto con regusto dictatorial. Inolvidable. Y la puerta se abre. Titta tiembla y se pide disculpas a sí mismo por haberse criticado en alguna ocasión, por no haberse querido del todo a veces. Se oyen unos pasos afelpados y rítmicos en el pasillo. Pasos de varias personas. Una violación de la moqueta. Los guardaespaldas se meten dentro y aparece Frank, balanceándose, oscilante, rojo el rostro, igual que algunos campesinos de los Abruzos. Frank se me acerca, me tiende la mano, sobre la que se extiende un anillo que habrá costado, precio de catálogo, ciento veintidós mil dólares. Un orgasmo de diamantes. Yo respondo con un trece millones agenciado en los joyeros de via Marina. Las manos se estrechan. Los dos anillos se tocan con un tintineo que a nadie se le escapa. La Fifth Avenue contra via Marina, un duelo impar. Titta se mira humillado la alianza y, en el momento más importante de su vida, confirma nuevos e inexplorados complejos de inferioridad. Teorías e ideologías de nuevas formas de generosidad, por el contrario, van abriéndose camino en mi interior. Me gustaría regalarle coca al viejo Frank, pero me contengo. A duras penas.

Frank, más bajo que la más pesimista de las previsiones, con un par de posturas de emperador, se acomoda en mi silla, el único soporte presente en el camerino. Mi grupo y yo, de pie, estamos a la espera del oráculo que vale por toda una carrera. De manera del todo inoportuna, Lello Cosa se acuerda de que es un fino humorista, además de un valiente batería.

«Parece Napoleón», dice Lello Cosa, buscando la improbable complicidad de sus compañeros. Lo taladro yo con una mirada de despido. A Dios gracias, Sinatra no se ha enterado. Frank permanece sentado, pero no habla todavía, la tensión va en aumento, hay una tensión tan indescriptible que, verdaderamente, linda con la hu-